

La familia de Nazaret

SENCILLEZ Y SANTIDAD

Por P. FERNANDO DE LA VEGA

De Dios, san Agustín declaró que la historia del mundo era una lucha entre dos clases opuestas de amor: el que se profesa a Dios, hasta el punto del abandono de sí mismo, y el amor a sí mismo, hasta el menosprecio de Dios.

La familia de hoy día pugna entre esas dos fuerzas contrarias.

El modelo y el ejemplo de todas las familias cristianas es la Sagrada Familia de Nazaret, en la cual, por años, el Hijo de Dios vivió oculto por un misterioso designio del Padre. Poco sabemos acerca de la vida de Jesús, María y José en Nazaret, pues lo que nos relatan los Evangelios es muy escaso en detalles.

Para los habitantes de Nazaret, aquella era una familia como cualquier otra: José era carpintero y Jesús, para quienes les rodeaban, era el hijo del carpintero. La Sagrada Familia cumplía, en ese tiempo, la voluntad de Dios al llevar a cabo las actividades simples de una familia común y corriente. La madre cuidaba del hogar y educaba a su hijo.

En los Evangelios no encontramos información de si San José aún vivía durante el tiempo de la existencia pública de Jesús; es más, no aparece en el pasaje de las bodas de Caná, lo que hace suponer que el padre adoptivo de Jesús debió fallecer en algún momento durante los 30 años de la vida oculta de su Hijo.

En la opinión popular, la santidad se asocia con extraordinarias proezas por parte de quienes están hoy en los altares. Sin embargo, José no llevó a cabo ninguna proeza. Por otra parte, un hombre común no hubiera sido escogido por Dios para ser el esposo de María, Madre de Jesús.

Por consiguiente, la Sagrada Familia demuestra que realizando las tareas sencillas de cada día, sin llamar la atención mediante hechos extraordinarios, sino por el amor que se profesaban y el papel –padre, madre, hijo- que cada uno vivía a plenitud, se puede conseguir la santidad.

El finado papa Juan XXIII expresó: *El propósito para el que el hombre ha nacido es la santidad y la salvación, y para tal propósito Dios ha creado la familia.* ¿Por qué entonces se habla tan poco acerca de matrimonios santos y de familias santas?

No debemos olvidar que el matrimonio es un estado tan apropiado, como el celibato, en el camino que conduce a la santidad. En ese sentido, la Sagrada Familia nos ha dado ejemplo de que podemos santificarnos mediante la elección de la vida matrimonial y familiar.

La existencia de la familia de Nazaret representó un extraordinario acontecimiento en la historia de la humanidad porque las actividades sencillas ofrecidas a Dios con amor, y poco perceptibles a los ojos de otras personas, se convierten en algo especialmente querido a los ojos del Creador.

El ejemplo de la Sagrada Familia nos enseña a permanecer invariablemente contentos con nuestra misión, no obstante las realidades que se presentan en la vida cotidiana, así como las costumbres y los convencionalismos imperantes en nuestro tiempo y en nuestro país. Lo anterior nos indica que debemos contemplar todo a nuestro alrededor a la luz de la fe.

Nazaret disfrutaba de muy mala fama durante el tiempo de Jesús. Por eso, el Evangelio de Juan se detiene en la pregunta formulada por Natanael: *¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno? (Jn. 1,46).*

En la actualidad es probable que se diga ¿Podrá salir algo bueno del lugar donde vivimos, en donde mucha gente se dedica a la caza del dinero, del placer y de la fama mediante el empleo de disímiles procedimientos? ¿Podrá salir algo bueno, asimismo, de los ambientes en que predominan la marginación, la miseria, el alcoholismo y el consumo de drogas como medios de escape?

La santidad es posible si vivimos en las condiciones en que Dios nos ha colocado. La fe consiste en la obediencia a Dios a través de la cual el hombre, por su propia voluntad, confía en Él, y se pone totalmente en sus manos.

Viviendo sencillamente, y manteniendo contacto con otras personas y con nuestra familia inmediata, estaremos en condiciones de alcanzar el más alto grado de santidad y unirnos con Dios del modo más perfecto.

La Sagrada Familia alcanzó las alturas de la santidad viviendo en el mundo con toda sencillez. Llevaron una vida anónima y silenciosa en un pequeño pueblo de Palestina, experimentaron la pobreza, las persecuciones y muchos otros contratiempos, pero no dudaron de la Providencia Divina, sino que confiaron plenamente en ella.

Para nosotros, en las circunstancias que no ha tocado vivir, la imitación de la familia de Jesús se realiza en la gratitud al Padre por nuestro hogar, por el amor mutuo, por la concepción de los hijos como una bendición y no como una pesada carga; por considerar igualmente como una bendición a los ancianos que integran nuestro núcleo familiar, y no arrinconarlos como seres inservibles.

El camino adecuado para mantener la pareja unida radica en vivir con sencillez entre la gente común en medio de los pesados quehaceres cotidianos de la vida doméstica, los cuales deben vivirse con alegría, confianza y buen ánimo, sin quejas estériles ni tristezas, sin caer en estados de ansiedad y mucho menos de pánico, es decir, mediante la realización de las actividades de cada día de acuerdo con la voluntad de Dios.

En la Constitución Dogmática *Dei verbum*, del Concilio Vaticano II, podemos leer: "Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela".

En ese sentido, María es un ejemplo de humildad, de generosa aceptación de la voluntad divina y de una vida en conformidad con ello, desde las dudas de José, soportadas en silencio y sin reproches, hasta el triste momento de la cruz, ejemplo de injusticia humana.

Nos encontramos frecuentemente frente a las pruebas de la fe entrelazadas con los asuntos cotidianos. Todo lo que nos rodea es realmente difícil y, al tener que ocuparnos de los retos de cada día, se torna para muchos muy complicado alcanzar una vida de fidelidad y entrega a Dios, así como notar los signos de su Amor en los acontecimientos ordinarios.

Vivimos sumergidos en el mundo y lo vemos como si fuera un sistema de relaciones y dependencias exclusivamente humanas.

Por eso, las situaciones que se alzan ante nosotros cada día parecen, en la mayoría de los casos, no tener ninguna dimensión sobrenatural y así nos dejamos dominar por la tristeza, la inquietud y el desaliento.

Pero si contempláramos nuestra vida, personal y familiar, con la óptica de la fe, expresaríamos sin cesar nuestra gratitud a Dios por guiarnos, por cuidar de nosotros y protegernos de las tentaciones del mal.

Como María en la Anunciación, debemos decir *Fiat*, o sea, *hágase*, pero no pronunciarlo una sola vez, en un momento excepcional, sino cada día ante situaciones complejas o sencillas, favorables o angustiosas.